

EL DEFENSOR CATOLICO.

PERIODICO DE RELIGION, POLITICA, CIENCIAS Y BELLAS LETRAS.

CONDICIONES.

Subscription mensual, en la capital un peso, adelantado.
En los Estados, un peso cincuenta centavos, franco el correo.
Los números sueltos del DEFENSOR CATOLICO, se venden á medio real. A los repartidores se los venderá haciéndoles el descuento de un 15 por ciento. El precio de los avisos será convencional, lo mismo que el de los remitidos que sean de interés particular.
La Administracion está situada en la Imprenta de Balvanera núm. 3, y los pedidos se dirigirán al Editor.
A los señores correspondientes se les abona el 15 por ciento de comision, y su ejemplar gratis por cada diez que coloquen; pero no se les admite devolución alguna. Los giros se harán cada trimestre.

Plus la Revolution fait d'efforts pour déchristianiser la famille et la société, plus nous devons en faire de notre côté pour infuser dans les veines du corps social l'esprit chrétien qui seul peut le régénérer.

Mons. GAUME.

Si grandes son los esfuerzos que hace la Revolution para deschristianizar á la familia y á la sociedad, mayores deben ser los nuestros para infundir en las venas del cuerpo social el espíritu cristiano, que es el único que puede regenerarlo.

SE RECIBEN SUSCRICIONES:

En la Imprenta del Editor, calle de Balvanera núm. 3; Librería del portal de Agutinos; Librería Madrileña, portal del Aguila de Oro; Librería de D. Francisco Abadino, Encarnación núm. 15; Librería de D. José María Aguilar Ortiz, primera calle de Santo Domingo núm. 6, y en la Librería Religiosa, calle de Santa Clara núm. 16.

REDACTOR EN JEFE,
D. José Joaquín Arriga.



EDITOR,
D. Narciso Bassols.

AÑO I.

Mexico, Sabado 15 de Junio de 1872.

NUM. 1.

CALENDARIO.

JUNIO.

Sábado 15.—H. Santos Vito, Modesto y Santa Crescencia mártires.

EL DEFENSOR CATOLICO

DESCORRAMOS EL VELO.

Hémos aquí otra vez, en ese terreno de luchas constantes y de incesante combate, dispuestos á defender los sagrados principios que en otras épocas ya hemos defendido. Se nos conoce muy bien, y ésto bastará á nuestros lectores para que comprendan claramente que no es el espíritu de una ruin especulacion el que nos guía, ni que un pensamiento oculto y embozado es el que abrigamos al establecer nuestro diario. El "Defensor Católico," no es el órgano de una compañía anónima formada para explotar la buena fe del público á quien lo ofrecemos, ni es el instrumento de un partido político, ni será jamás el abrigadero de innobles y ruines pasiones. Es pura y simplemente, un periódico Católico, Apostólico Romano, redactado por fieles y obedientes hijos de la Santa Iglesia de Jesucristo. Es otro campeón mas que viene á aumentar el número de los que ya existen, para defender en union suya los sacrosantos derechos de esa misma Iglesia, hoy conculcados y vilipendiados por el espíritu revolucionario, por el espíritu de error y de malicia que tan profundamente ha impreso su sello á este siglo de progreso y de orgullo, de grandes miserias y de grandes trastornos, de monstruosa impiedad y de vergonzosas y cobardes apostasias.

Católicos de corazon, é hijos amantes de esa dulce y tierna Religion que nos mecio en la cuna y que mas tarde protegerá nuestros sepulcros, por sus eternas glorias combatiremos, y por ella saltamos á la arena, para pelear á pecho descubierto contra el error, sean cuales fueren sus fases, sean cuales fueren sus descubiertas ó ocultas tendencias. Venimos, sí, á ponernos frente á frente de él, para desviar su pesada mano de esta desventurada sociedad que gime subyugada y que rápidamente va decayendo, merced á la pernicioso influencia del moderno filosofismo, y de las falsas doctrinas que cual sierpes venenosas le corren el seno para procurar su muerte.

Sí, lo decimos con lealtad y con franqueza, venimos á anunciarle á esta sociedad de la que somos miembros, que todo el que se separa de la sombra protectora del Catolicismo, marcha con paso apresurado de la indiferencia al envilecimiento, y del envilecimiento á la ruina inevitable.

Hé aquí la escala que hombres y pueblos invariablemente recorren, cuando desviándose del sendero trazado por Dios, cierran los ojos para no ver la luz que, brotando de la nube misteriosa, alumbraba su camino, y prefieren mas bien, recorrerlo envueltos entre tinieblas siguiendo sus propias inspiraciones, é impulsados por el motor de una excesiva y desordenada libertad. Rompen el suave yugo del Evangelio y caen aniquilados bajo el durísimo y pesado del despotismo revolucionario. Relajan los vínculos que los ligaban á una religion en la que el progreso es verdadero, en la que la libertad no es ficticia ni engañosa, y se entregan aherrojados, cargados de cadenas, al capricho de ese movimiento tumultuoso de la época moderna, á las veleidades de esa falsa libertad que halaga primeramente con las notas melodiosas de sus himnos, para aterrorizar despues con los gritos destemplados de su furia.

Salir del Catolicismo para echarse en brazos del árido protestantismo, del materialismo ó del racionalismo, de la francmasonería ó del espiritismo, es tanto como abandonar el mar de aguas puras y serenas que hiende tranquila y magestuosa la barca de San Pedro, para arrojarse en el fangoso oceano en que ahora se sumergen las naciones rebeldes á Dios, y que en un tiempo brillaron por su fe ardiente y sincera, en ese oceano en que algunas inteligencias esclarecidas yacen hoy sumerjidas, llorando tal vez en el mas profundo secreto, su vergonzosa apostasia, su voluntario y tremendo naufragio.

No hay remedio, ó los pueblos para salvarse se agrupan en derredor de la Cruz del Redentor, ó siguen ébrios y enloquecidos el estandarte ensangrentado de la Internacional y de la Comuna. O las cabezas se inclinan obedientes ante la suprema é infalible autoridad de la Iglesia católica, ó caerán mas tarde bajo el filo del hacha que sobre ellas tiene suspendida el génio del mal, el génio que no reconoce ni Dios ni ley, ni reli-

gion ni verdadera moral, el génio que halaga con seductoras utopias, con teorías alucinadoras, pero que presenta despues como positiva y única realidad, la sangre en los ministros del santuario en los patibulos, el incendio y la destruccion de las mas bellas obras del ingenio, el materialismo mas grosero en las ciencias, el sensualismo mas repugnante en las artes y en la literatura. Entre uno y otro extremo no puede haber término medio posible, como no le hay ni podría haberlo entre la verdad y el error, entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre la leal franqueza y el insidioso engaño, entre el Catolicismo, en fin, que ilustra, protege, consuela y enaltece al hombre, y el espíritu revolucionario que lo siega, lo abandona, lo desespera y lo envilece.

Tales son los campos, que despues de mil evoluciones y trastornos ha llegado en este siglo á ocupar la humanidad, y la mano de Dios parece que lo ha querido así en esta edad llamada de luces y de progreso, para fijar un límite invariable entre los que están con El y los que contra El pelean. Pero esos dos partidos no permanecen estacionarios, marchan y marchan sin detenerse formando dos corrientes contrarias. El uno con movimiento reposado se encamina hácia Dios invocándolo en el descanso y en la lucha: se eleva magestuoso en alas de la verdad conservando la pureza de sus creencias y el inapreciable tesoro de su fe, mientras que el otro en carrera tumultuosa y lanzando sus gritos atronadores de "Libertad y de Progreso," se precipita desatizado al abismo revolucionario, sembrando en su camino los errores mas crasos, las doctrinas mas absurdas, las máximas mas trastornadoras y subversivas. Si en el primero de esos campos se lucha tenazmente por conservar en su sublime altura la dignidad humana, en el segundo se trabaja sin descanso para ultrajarla y degradarla con el fin verdadera-mente satánico de sumerjirla en la brutalidad mas repugnante. Así, pues, mientras que un partido se eleva por suave pendiente teniendo por punto objetivo el cielo, el otro decae, retrocede y se precipita como el ángel malo para perderse envuelto entre las espesísimas tinieblas de su progreso ficticio, de su felicidad soñada y que nunca verá cumplida.

Al frente de esa parte de la humanidad que ha permanecido fiel á pesar de las persecuciones y de los sufrimientos, de las sugerencias y de los odios del bando contrario, aparece severo y vigilante, resignado y sufrido, mas con el corazon henchido en celestiales esperanzas el Santo Pontífice de la Iglesia de Jesucristo. El es el que encamina por el sendero de la verdadera libertad á los pueblos que se agrupan en torno suyo. El es el que con su palabra infalible les dá el grito de alarma para que no se pierdan enloquecidos en la revuelta y oscura vorágine que ruje enfurecida á sus piés. El es el que estimula á los débiles, anima á los tímidos y alienta á los que pelean en la cátedra de la verdad y en el campo del periodismo, para que defiendan los santos derechos de la Iglesia establecida por el Hijo de Dios.

En el opuesto bando no encontráreis gefe visible, una mano oculta y misteriosa parece que lo empuja, un influjo secreto y tenebroso parece que lo impele en direccion contraria; y sin brújula y sin bandera, marcha en espantosa confusion combatido por la anarquía, aguijoneado por el orgullo humano y siempre alucinado por una falsa ciencia que dia por dia lo aleja más del resplandeciente foco de la verdad.

El progreso bajo la benéfica sombra del Catolicismo y del Pontificado para los unos; el retroceso y la decadencia, la corrupcion social y el aniquilamiento para los que negando á Dios y creyéndose en su insensatez superiores á él, tributan pleito homenaje al espíritu malévolo y trastornador de la revolucion. Tal es la suerte que correrán los pueblos, segun que se agrupen al pié de esa roca inamovible sobre que descansa la verdadera Iglesia, ó se separen de ella para combatirla.

Hé aquí, pues, marcados los límites y entrevistos los destinos de esos dos grandes grupos en que netamente se encuentra hoy dividida la humanidad. No es posible quedar en medio de ellos para fingir acatamiento á la verdad y dirigir tal vez por miedo temerosas sonrisas al error. Las medias tintas han desaparecido, los términos medios se ocultan avergonzados, porque comprenden muy bien que el título de *Católicos-Liberales*, que se dieron en un tiempo para acallar los gritos de su conciencia y no hacerse

por otra parte sospechosos á los ojos de los corifeos del error, de nada vale ante esa disyuntiva de bronce que los obliga, ó á separarse resueltamente de la Iglesia católica, ó á volver á ella para defenderla con entereza y con valor. No es posible, pues, permanecer al mismo tiempo al lado de Jesucristo y al lado de Satanás; ser igualmente mártir y verdugo, operario eficaz en el campo del Señor y vil miserable instrumento, esclavo sumiso y envilecido entre las manos de la revolucion. O uno ú otro, no hay remedio.

Réstanos para concluir, hacer dos expresas y terminantes declaraciones:

Somos frágiles, y la debilidad humana puede hacernos incidir en error con las mas rectas y las mas sinceras intenciones. Si, pues, en alguna ocasion se desliza en nuestros escritos algo que pueda oponerse á la docta é infalible enseñanza de la Iglesia católica, desde ahora lo retractamos, y nos sometemos humildemente á todo lo que ella enseña sobre materias de Fe y de Moral. No seríamos en verdad hijos suyos, si no le prometiésemos como escritores católicos obediencia sumisa y respetuosa. Esta es nuestra protesta para con Dios.

En cuanto á los hombres, en cuanto á los adversarios que nos combatan, tendríamos siempre presente que no son armas leales para pelear, ni la mentira, ni el insulto, ni la injuria. Sabremos siempre respetarnos y jamás descendemos al terreno de las pasiones innobles que degradan al escritor que no tiene conciencia de su propia dignidad. Respetaremos como el que mas á las autoridades constituidas y á las personas; pero siempre y sin embozo diremos la verdad. Tal será nuestra indeleble enseñanza.

Hé aquí, pues, y en pocas palabras nuestro programa, y él será invariable, como invariables son las verdades y los principios que defendemos.

RR.

CRONICA EXTRANJERA.

ROMA.

Una de las cualidades mas relevantes de los enemigos del catolicismo, queridísimos lectores; es su profunda y refinada hipocresía. ¿No veis con qué dulzura de lenguaje, y con qué suavidad de frases si inician frecuentemente para indicaros, que no pongamos en peligro por nuestra intolerancia la re-